

El príncipe y el mendigo

Autor: Mark Twain

Hace mucho tiempo vivió un niño muy pobre llamado Tom. Tom era un niño muy bueno que, a pesar de no tener ningún juguete, era muy feliz.

Un día, a Tom se le ocurrió ir al palacio real al ver el cambio de guardia. Aunque hacía mucho frío, a Tom le gustaba ver a los guardias, tan disciplinados y bien vestidos.

Mientras Tom miraba maravillado a los guardias, uno de ellos, al verlo sucio y harapiento, le dijo que se fuera. Iba a hacerlo cuando, de repente, alguien se lo impidió.

- ¡Niño, no te vayas! -dijo el personaje misterioso-. Ven conmigo. Vamos a jugar.

El personaje misterioso, que era un niño de la misma edad que Tom, resultó ser el príncipe.

Eduardo, que así se llamaba el príncipe, a pesar de tener todos los lujos imaginables, era un niño infeliz, porque no tenía a nadie de su edad con quien jugar.

Eduardo y Tom lo pasaron muy bien jugando juntos. De repente, mirándose en el espejo, se dieron cuenta de que se parecían mucho. Se acercaron más al espejo. Tom se limpió un poco la cara. Eduardo se quitó sus adornos de la cabeza.

- ¡Somos idénticos! -gritaron los dos niños a la vez.

- Me gustaría cambiarme por ti un día -dijo el príncipe-. Estoy muy solo y aburrido. Quiero saber por qué tú, siendo pobre, eres feliz y por qué yo, siendo rico, vivo siempre triste.

Tom no podía creer que el príncipe quisiera vivir rodeado de miseria ni siquiera un día, pero aceptó para complacerle. Se cambiaron la ropa y el príncipe se fue.

A Tom le gustaba esa vida. Comía todo lo que quería, dormía caliente, estaba limpio y todo el mundo le adulaba. Tenía juguetes y libros, tocaban música solo para él y podía disfrutar de un hermoso jardín.

Eduardo también disfrutó de poder trabajar con sus manos, ser acariciado por las manos de una madre y jugar con otros niños en la calle, sin guardias encima de él todo el día.

Un día, un conde malvado enemigo del rey descubrió que Tom no era el verdadero príncipe. Pero, en vez de revelarlo, decidió trazar un plan para hacerse con el poder, aprovechando que el rey estaba enfermo.

El conde malvado encerró a Tom, al que todos creían el príncipe, y dijo que había desaparecido. Así el reino se quedaba sin heredero y, como el rey no podía gobernar, alguien tenía que hacerlo.

El conde se las ingenió para hacerse con el poder y empezó a preparar su ceremonia de coronación.

Lo que no sabía el conde es que había un guardia que estaba al tanto de todo. Este guardia sabía lo que se proponían los niños desde el primer momento, y no había perdido ojo de lo que pasaba, pero no había dicho nada para respetar el deseo del príncipe.

El guardia fiel fue a buscar al verdadero príncipe y le contó lo que pasaba. Pero la familia de Tom no se creía lo que el niño contaba. El tiempo pasaba y había que hacer algo.

Con mucho esfuerzo, Tom logró escaparse de la celda justo a tiempo para interrumpir la ceremonia de coronación del conde.

En ese tiempo, Eduardo y el guardia consiguieron convencer a los padres de Tom y, acompañados de algunos vecinos, se acercaron al palacio para derrocar al conde.

Cuando Eduardo, vestido de mendigo, llegó al salón del trono y se acercó a Tom, todo el mundo se quedó mudo. Unos minutos después se oyó decir:

- No es posible. ¡Son idénticos!

Eduardo y Tom explicaron a todos lo sucedido. Eduardo fue coronado rey y, como agradecimiento a su lealtad, nombró a Tom caballero.

FIN